

Conversaciones con Emil M. Cioran

A Parte Rei recupera dos entrevistas que se publicaron en el diario El País. La primera, realizada por J.L. Almira, se publicó en el número 344 de El País Semanal de Noviembre de 1983, la segunda en el suplemento Babelia de 24 de Junio de 1995

Los detalles mínimos y las pasiones desencadenadas

Denunciador de la miseria humana e ironista empedernido, melancólico y febril, E. M. Cioran es reconocido en Francia como uno de los pensadores cruciales de hoy. Rumano de nacimiento, vive en París desde 1937, acogido al estatuto de apátrida. En esta entrevista aparece el Cioran que halló en España y en lo español los rastros de su propio temperamento; aparecen asimismo las obsesiones y constantes que han presidido su vida y su obra.

Texto: J.L. Almira

Hijo de un prelado de la Iglesia ortodoxa, E. M. Cioran nació en Rasinari (1911), un pequeño pueblo de Transilvania, donde transcurrió su infancia en contacto con la naturaleza. De la madre parece heredar su inclinación a la melancolía. Por oposición a su padre, a quien, sin embargo, respeta, fue hasta los 17 años un ateo furioso.

Con *De lágrimas y de santos* (1937), cuarto de los cinco libros escritos y publicados en su país, Cioran conjura la gran crisis religiosa de su vida. Reescribe cuatro veces su primer libro en francés, lengua cuyo rigor le resulta "inhumano, infernal"; Gallimard publica inmediatamente ese libro (*Breviario de podredumbre*, 1949), al que seguirá una obra singular (*Silogismos de la amargura*) de la que sólo se conocen en España algunos fragmentos. Vendrán después *La tentación de existir*, *El aciago demiurgo*. *Del inconveniente de haber nacido* (editado por Taurus), *La caída en el tiempo* (Monteávila) e *Historia y utopía* (Artífice). Hasta llegar a *Desgarradura* (Montesinos, 1983), libro que la crítica española ha reseñado más que criticado, tal vez porque Cioran suscita posiciones extremas, y los extremos comprometen siempre.

Maestro del aforismo, ese "fuego sin llama" que permite aventurarse en la paradoja humana, inclinado a hurgar en las llagas propias, desgarrado entre la maldición de haber nacido y el vicio de vivir, al escritor rumano le queda pequeña la condición de hombre.

Desde París, "único lugar donde la desesperación es agradable", Cioran se ha forjado la reputación de cruzado de la soledad, de alguien intratable. "Desconfíen del rencor de los solitarios que dan la espalda al amor, a la ambición, a la sociedad. Se vengarán un día de haber renunciado a todo eso", sentencia. Quienes conocen personalmente a Cioran saben que ha renunciado, sí, pero al éxito fácil, al oropel envenenado. John Updike le ha calificado de monje frustrado. Gabriel Marcel lo consideraba uno de los más violentos testigos de cargo en el proceso abierto entre el hombre y Dios. Cioran dice de sí mismo: "Quise ser filósofo y me quedé en aforista; místico, y no pude tener fe; poeta, y sólo llegué a escribir una prosa poética bastante dudosa".

J.L.A. El cuerpo, lo que usted ha llamado la conciencia de los órganos, es una constante en su obra. ¿Por qué?

E.C. Si me remonto a mi infancia y adolescencia, constato que he sentido siempre un malestar que los años han delimitado y acentuado. Un malestar que se inmiscuye en la vida,

trastornándola. Pero se trata de un malestar global, no de una enfermedad; en todo caso sería una enfermedad virtual, no realizada. En el fondo, todo se reduce a una cuestión de fisiología.

J.L.A. En su último libro afirma que nada hay más misterioso que el destino de un cuerpo. ¿Qué quería decir exactamente?

E.C. Dependemos del cuerpo; es como un destino, una fatalidad mezquina y lamentable a la que estamos sometidos. El cuerpo es todo y no es nada: un misterio casi degradante. Pero el cuerpo es así mismo una potencia fabulosa. Aunque, una vez que se ha sido consciente de la dependencia que engendra, es imposible olvidarla.

J.L.A. Un médico francés acaba de publicar un libro sobre la influencia de la climatología en el individuo. En epígrafe aparece una cita suya respecto al mismo tema.

E.C. Una de las razones por las que puede negarse la libertad es nuestra dependencia del factor meteorológico. La libertad es una ilusión, puesto que depende de cosas que no deberían condicionarme. Mis ideas siempre han sido dictadas por mis órganos, los cuales, a su vez, están sometidos a la dictadura del clima. El cuerpo ha jugado un papel muy importante en mi vida. Y eso es algo que se acentúa con la edad. Nietzsche sintió muy bien ese condicionamiento del clima. Mi propio malestar, de orden climatológico, está ligado al malestar de tipo metafísico. No digo que la meteorología condicione la metafísica, pero constato cierta simultaneidad entre la interrogación metafísica y el malestar físico. Desde muy joven fui consciente de esta evidencia y, avergonzado, he tratado siempre de ocultarla.

J.L.A. En *Desgarradura* se define como secretario de sus sensaciones; algo especialmente grave, tratándose de un escritor. Esa constatación postula además la unidad indisoluble de cuerpo y mente.

E.C. Están, en efecto, íntimamente ligados. Como es obvio, en las biografías de escritores y filósofos no se habla mucho de ello, porque es un tema embarazoso. Reconocer ese fenómeno en el caso de un escritor es disminuir lo que hace, ya que es como decir que nuestros estados y sentimientos más íntimos están a merced de la meteorología. Esclavitud humillante sobre la que no es preciso insistir.

J.L.A. ¿Los años le han ayudado a controlar los humores de su cuerpo o han aumentado esa esclavitud?

E.C. Le contaré una anécdota. Acabo de recibir una carta de un amigo al que conozco desde siempre, en la que me dice que no cree nada de lo que he escrito, "porque te conozco bien y sé que eres muy alegre", lo cual demuestra hasta qué punto puede uno equivocarse. Sea cual sea mi estado de ánimo, siempre he conseguido ocultarlo tras un comportamiento histriónico. Soy esclavo de mis nervios, pero puedo disimularlo, y lo hago, comedia que me permite, por ejemplo, ir a cenar en un estado de desesperación absoluta y contar historias frívolas sin interrupción. No sé si se trata de pudor o de un mecanismo de defensa; en cualquier caso; si mi dependencia de la fisiología no fuera tan aplastante, nunca hubiera tenido que utilizar esa alegría aparente. Claro que eso tiene su reverso. Cuenta Kierkegaard que al regresar a casa, después de haber hecho reír a todo el mundo en un salón, sólo tenía ganas de suicidarse, crisis natural que personalmente he comprobado en muchas ocasiones. Ahora recuerdo que, poco tiempo después de que apareciera mi libro en Francia (*Breviario de podredumbre*, 1949), cinco escritores que no me conocían de nada me invitaron a almorzar. Puedo jurarle que durante las tres horas que duró la comida sólo hablé

del *bidet*. Por supuesto, ellos esperaban que hablase de mi libro, y aún recuerdo su expresión de desconcierto, mientras yo continuaba hablando del desprecio que me inspiran los alemanes porque no tienen *bidet*. Y es que no puedo hablar de lo que me afecta en lo más profundo, si no es a solas con alguien: ese momento en el que dos soledades pueden intentar comunicarse.

J.L.A. Si queremos hablar del tedio; va a resultar inevitable volver a la fisiología.

E.C. El tedio ha sido y continúa siendo la plaga de mi vida, inconcebible sin una base fisiológica. Lo que ocurre es que el sentimiento de vacío que precede o es el tedio mismo se transforma en un sentimiento universal que lo engloba todo, haciendo desaparecer así la base orgánica. Pero minimizar esta base es hacer trampa.

J.L.A. ¿Cuál es su primer recuerdo del tedio?

E.C. Fue durante la primera guerra. Tenía cinco años. Una tarde, de verano sin duda, todo lo que me rodeaba perdió sentido, se vació, se inmovilizó: una especie de angustia insoportable. Aunque entonces no pudiera formular lo que ocurría, me estaba dando cuenta de la existencia del tiempo. Nunca he podido olvidar aquella experiencia. Hablo del tedio esencial, que es una toma de conciencia extraordinaria de la soledad del individuo. Me resulta un sentimiento tan ligado a mi vida, que estoy seguro de que podría sentirlo hasta en el paraíso. Evidentemente, si nos marca de manera tan profunda, es porque se trata de la expresión capital de nosotros mismos. En estos momentos el hastío tiene mala prensa; de alguien que se aburre suele decirse que está vacío, lo cual no es cierto, pues ese vacío conlleva una explicación del mundo. Por eso me ha interesado tanto el tedio monástico, la *acedia*, el hecho de que la vida monástica está presidida por la tentación, por el peligro del tedio. A los monjes egipcios siempre se les describe asomados a la ventana, esperando no se sabe qué. El tedio es la gran amenaza espiritual, una especie de tentación diabólica.

J.L.A. Usted ha escrito muy poco sobre el sexo.

E.C. Céline dijo que el amor era el infinito puesto al alcance de un caniche. Es la mejor definición que conozco. Si no poseyera ese doble aspecto, esa perturbadora incompatibilidad, habría que dejar el asunto a los ginecólogos y a los psicoanalistas. En pleno delirio sexual, cualquiera tiene derecho a compararse a Dios. Lo curioso es que la inevitable decepción posterior no afecte al resto de la vida, que sea momentánea. A veces he pensado que se puede tener una visión postsexual del mundo, visión que sería la más desesperada posible: el sentimiento de haberlo invertido todo en algo que no vale la pena. Lo extraordinario es que se trate de un infinito reversible. La sexualidad es una inmensa impostura, una gigantesca mentira que invariablemente se renueva. Sin duda, el momento presexual triunfa sobre el postsexual: el infinito inagotable del que habla Céline. Y el deseo es ese absoluto momentáneo imposible de erradicar.

J.L.A. ¿De dónde procede ese amor por España, que, habiendo elegido la condición de apátrida, le llevó a escribir que ha renegado de todo, excepto del español que hubiera deseado ser?

E.C. Cuando era estudiante leí un libro acerca de la literatura española contemporánea, que recogía la anécdota de un campesino que, al subirse a un vagón de tercera y descargar el inmenso bulto que llevaba encima, exclama: "¡Qué lejos está todo!" Me impresionó tanto esa frase, que con ella titulé un capítulo de mi primer libro en rumano. Como me ha ocurrido siempre, un detalle mínimo desencadenó una pasión. Muy joven, leí a Unamuno, algo sobre la conquista, a Ortega y, por supuesto, a santa Teresa. Me atrae el aspecto no europeo de

España, esa especie de melancolía permanente, de nostalgia en realidad.

J.L.A. ¿Cuál es para usted la diferencia entre melancolía y nostalgia?

E.C. El fondo metafísico de la nostalgia es comparable al eco interior de la caída, de la pérdida del paraíso. Un español siempre da la impresión de que echa de menos algo. Por supuesto, lo significativo es la intensidad con que eso se siente. La melancolía es una especie de tedio refinado, el sentimiento de que no se pertenece a este mundo. Para un melancólico, la expresión "nuestros semejantes" no tiene ningún sentido. Es una sensación de exilio irremediable, que carece de causas inmediatas. La melancolía es un sentimiento profundamente autónomo, tan independiente del fracaso como de los mayores éxitos personales. La nostalgia, por el contrario, siempre se aferra a algo, aunque sólo sea al pasado.

J.L.A. Me gustaría que hablásemos de lo que usted ha llamado el masoquismo histórico de los españoles.

E.C. Siempre me ha fascinado el desmesurado sueño histórico de los españoles, un sueño fantástico que acabó en derrota. Todo el frenesí de la conquista se vino abajo. España fue el primer gran país que salió de la historia, prefiguración grandiosa de lo que es Europa ahora. Curiosamente, ese fracaso ha hecho posible que la lengua española sea en estos momentos universal.

J.L.A. Parece una visión de España casi teatral.

E.C. Los españoles practican fanáticamente la burla. Su propio orgullo, siempre acompañado de ironía, se vuelve contra ellos y, gracias a eso, no resulta insoportable. Durante uno de mis viajes a España, hace ya muchos años, viajábamos en la tercera clase de un tren cuando una niña de unos 12 años se puso a recitar poemas. Me pareció tan extraordinario, que tuve un gesto de indelicadeza irreparable, espantosa: le di un puñado de monedas.

Ella cogió el dinero y me lo tiró a los pies. Su reacción me pareció sublime. España representa para mí la emoción en estado puro. Uno no puede entenderse con los campesinos franceses o alemanes, por no hablar de los ingleses, pero en España, como sucede también en Rumania, el pueblo llano existe.

J.L.A. Abominable Clío, escribe usted en su último libro de manera lacónica, casi lapidaria.

E.C. Durante muchos años desprecié todo lo relacionado con la historia. Y por experiencia sé que lo mejor es no prestarle mucha atención, no detenerse en ella, pues representa la mayor prueba de cinismo imaginable. Todos los sueños, filosofías, sistemas o ideologías se estrellan contra lo grotesco del desarrollo histórico: las cosas ocurren sin piedad, de un modo irreparable, triunfa lo falso, lo arbitrario, lo fatal. Es imposible meditar sobre la historia sin sentir hacia ella una especie de horror. Mi horror se ha convertido en teología, hasta el punto de creer que no se puede concebir la historia humana sin el pecado original.

J.L.A. ¿Por qué utiliza a menudo las alegorías cristianas para explicar la historia?

E.C. No soy creyente, pero estoy obligado a admitir la existencia del pecado original como idea, pues quien la tuvo dio en el clavo. La historia del hombre comenzó con una caída. Sin embargo, no puedo aceptar que antes existiera un paraíso; creo más bien que algo se resquebrajó cuando el hombre comenzó a manifestarse, algo se rompió en él, quizá al

convertirse en hombre propiamente dicho. Durante mucho tiempo me interesó la decadencia del imperio romano, cuyo final desesperado, completo, vergonzoso, es un modelo para todas las civilizaciones. Y si en estos momentos me interesa tanto Occidente, el Occidente de hoy, es porque recuerda el crepúsculo de las grandes civilizaciones anteriores.

J.L.A. ¿Y el progreso?

E.C. El progreso no existe en lo esencial. Sólo reconozco el progreso tecnológico, del que son completamente independientes las cosas que amo. En todo lo que afecta al destino humano no se gana nada llegando tarde. Si eliminamos de la historia la idea de progreso, llegamos a la conclusión de que no tiene la menor importancia lo que ocurra en el futuro. No hay motivos para lamentarse de haber nacido demasiado pronto. Al contrario, debemos compadecer a quienes vendrán después. Durante mucho tiempo los antepasados fueron envidiados, y luego, sobre todo a partir del siglo XIX, se hizo lo contrario. Me parece que en los últimos años se ha producido un cambio en la conciencia de Europa.

Nadie envidia ya a los jóvenes, pues se sabe que el futuro, con o sin guerras, será espantoso. Claro que también existe el aspecto mezquino de la negación del progreso. Me resulta inconcebible aceptar que alguien nacido después de mí tendrá ventajas que yo no he conocido: el orgullo no puede soportarlo. A fin de cuentas, no existe ninguna diferencia entre vivir dentro de cincuenta o cien años o haberlo hecho cien años atrás.

J.L.A. Se diría que, para usted, la historia está regida por los mismos mecanismos que una existencia cualquiera.

E.C. Sí, la historia puede compararse a una vida que se manifiesta y degenera. Se trata de una cuestión de ritmo. Yo creo que el hombre no debería haberse comprometido con la historia, que debería haber vivido una existencia estacionaria, cercana a la animalidad, sin orgullo ni ambición. No debería haber cedido a la tentación prometeica, pues Prometeo fue el gran inductor. Como todos los bienhechores, carecía de perspicacia, era un ingenuo. En realidad, la historia universal no es más que una repetición de catástrofes, a la espera de una catástrofe final, y en ese punto la visión cristiana de la historia resulta muy interesante, pues Satán desempeña el papel de dueño del mundo y Cristo el de alguien que no tendrá ninguna influencia antes del juicio final. Cristo será poderoso, pero solamente al final. Y esa es una idea profunda, una visión de la historia casi aceptable en la actualidad.

J.L.A. ¿Admitiría usted que lo que acaba de decir es reversible, que podríamos afirmar lo contrario sin que aumentara demasiado el margen de error?

E.C. Creo que el destino del hombre es, como el de Rimbaud, fulgurante, es decir, breve. Las especies animales habrían durado millones de años si el hombre no hubiera acabado con ellas, pero la aventura humana no puede ser indefinida. El hombre ha dado ya lo mejor de sí mismo. Todos sentimos que las grandes civilizaciones han quedado atrás. Lo que no sabemos es cómo será el fin. ■

E. M. Cioran entrevistado por Gabriel Liiceanu

Entrevista publicada en Babelia, suplemento literario de El País, el 24 de Junio de 1995. Originalmente apareció en Entretiens, Gallimard. Tusquets la publicó en castellano en un volumen de entrevistas en 1996

Pregunta. A Sartre no quiso conocerle, o no trató de conocerle; con Camus tuvo usted un encuentro fallido. ¿Cuáles son los escritores con los que estableció auténticos lazos?

Respuesta. No he conocido a grandes escritores.

P. ¿Y Beckett? ¿O Michaux? R. Es cierto, éramos amigos. P. ¿En qué plano se situó su encuentro con Beckett? ¿Se encontraron por casualidad o les acercó una admiración recíproca?

R. Sí, había leído algo mío. Nos conocimos con ocasión de una cena, y después nos hicimos amigos. En un momento dado llegó incluso a ayudarme financieramente. Me resulta muy difícil definir a Beckett. Todo el mundo se equivoca en lo que se refiere a él, en particular los franceses. Todos se creían obligados a ser brillantes delante de él, y Beckett era un hombre muy sencillo, que no esperaba que le lanzasen paradojas sabrosas. Había que ser muy directo; sobre todo, nada pretencioso... Yo adoraba en Beckett ese aire que tenía siempre de haber llegado a París el día antes, aunque vivía en Francia desde hacía 25 años. No había nada de parisiense en él. Los franceses no le contaminaron en absoluto, ni en el buen sentido ni en el malo. Siempre daba la impresión de estar en la luna: Él pensaba que se había afrancesado un poco, pero no era así en absoluto. Ese fenómeno de no contaminación era pasmoso. Seguía siendo íntegramente anglosajón, y aquello me gustaba tremendamente. No frecuentaba mucho los cócteles, se sentía incómodo en sociedad; no tenía conversación, como se suele decir. Sólo le gustaba hablar con uno a solas, y entonces tenía un encanto extraordinario. Le quería muchísimo.

P. ¿Y Michaux?

R. Michaux era muy distinto, era un tipo expansivo e increíblemente directo. Éramos muy buenos amigos: incluso me pidió que fuera el albacea de su obra, lo cual rechacé. Era brillante, lleno de ingenio y...muy malévolo.

P. Creo que eso le gustaba a usted.

R. Sí, sí, me gustaba. Michaux ejecutaba a todo el mundo. Puede que sea el escritor más inteligente que he conocido. Es curioso como ese ser de inteligencia superior podía tener impulsos ingenuos. Por ejemplo, se puso a redactar obras casi científicas sobre las drogas y toda clase de cosas semejantes. Tonterías. Yo le decía: "Es usted escritor, poeta; no está obligado a hacer una obra científica, no la va a leer nadie". No quiso saber nada. Se empeñó en escribir volúmenes enteros de ese estilo, y no los leyó nadie. Hizo una tontería que no tiene nombre. Estaba marcado por una especie de prejuicio científico. "Lo que la gente espera de nosotros no es teoría, sino experiencia", le decía yo.

P. A propósito de lo que la gente espera de un escritor: una de las cosas que más ha intrigado a sus lectores rumanos y creo que a sus lectores en general, se refiere a su

relación con la problemática de lo divino. ¿Cómo explica que de una familia religiosa - su padre era sacerdote; su madre presidenta de las Mujeres Ortodoxas de Sibiu - saliera un contestatario de acentos blasfemos? En su juventud, si se atiende uno a lo que escribía en *De lágrimas y de santos*, soñaba usted con abrazar a una santa, imaginaba al propio Dios en los brazos de una puta... ¿Qué responde a los que se indignan por su vertiente blasfema?

R. Es una cuestión muy delicada, porque yo he intentado creer, y he leído mucho a los grandes místicos, a los que admiraba al mismo tiempo como escritores y como pensadores. Pero, en un momento dado, tomé conciencia de que me estaba engañando, de que no estaba hecho para la fe. Es una fatalidad; no puedo salvarme a pesar mío. Es algo que no funciona, pura y simplemente.

P. ¿Por qué no abandonó ese territorio entonces? ¿Por qué se mantuvo prisionero en él, por qué siguió negando a Dios y enfrentándose a él?

R. Porque no dejé de ser víctima de esa crisis, nacida de mi impotencia para tener fe. Lo intenté en numerosas ocasiones, pero ninguna de mis tentativas tuvo éxito. La de más resonancia se produjo cuando estaba en Brasov, en la época de *De lágrimas y de santos*. Escribí ese libro trufado de invectivas después de haber leído mucho en el terreno de la historia de las religiones, los místicos, etcétera. El libro debía aparecer en Bucarest, y un buen día el editor me llamó para decirme: "caballero, su libro no se publicará". '¿Cómo que no se publicará? ¡Si he corregido las pruebas! Una cosa así sólo puede pasar en Rumania'. "He leído su libro", continuó, "y el tipógrafo me ha enseñado un pasaje. He hecho mi fortuna con la ayuda de Dios y no puedo publicar su libro". 'Pero si es un libro profundamente religioso. ¿Por qué no lo publica?'. "Imposible". Estaba muy triste, porque tenía que marcharme a Francia poco después...

P. ¿De verdad era un libro religioso?

R. En cierto sentido sí, aunque por negación. Así que me marché a Bucarest, muy deprimido, y recuerdo que me instalé en el café Corso. En un momento dado vi a un tipo a quien conocía relativamente bien, que había sido tipógrafo en Rusia. Me vio abatido y me preguntó: "¿Qué te pasa?" Se lo expliqué y me dijo: "Mira, yo tengo una imprenta. Te lo publico. Tráeme las pruebas".

Llamé a un taxi para transportar todo. El libro salió cuando yo estaba en Francia, y apenas se distribuyó. En París recibí una carta de mi madre: "No tienes idea de la tristeza con la que he leído tu libro. Al escribirlo debías haber pensado en tu padre". La contesté que se trataba del único libro de inspiración mística que había visto la luz en los Balcanes. No conseguí convencer a nadie; a mis padres todavía menos que a los demás. Una mujer dijo a mi madre, que era la presidenta de las Mujeres Ortodoxas de la ciudad: "Cuando se tiene un hijo que escribe cosas semejantes del buen Dios, se abstiene una de dar lecciones".

P. ¿Cómo reaccionaron sus amigos? ¿Y la prensa? Sé que Arsavir Actérian escribió entonces un artículo muy duro en *Vremea*

R. Fue Eliade quien escribió las cosas más duras, pero entonces no supe nada. No descubrí su artículo hasta hace muy poco. Ignoro en qué periódico lo publicó. Muy violento. Se preguntaba cómo podríamos seguir siendo amigos después de aquello. También recibí toda clase de cartas indignadas.

P. La única persona que captó el sentido de los tormentos en que usted se debatía en ese libro fue Jeny Acterian, la hermana de Arsavir.

R. Si, efectivamente. Me escribió una carta admirable. Es cierto que nos entendíamos muy bien. De todos mis amigos fue la única, realmente la única, que reaccionó así. Todos se pusieron unánimemente en contra del libro. Eso me llevó luego a hacer una tontería, porque, recordando aquel episodio, suprimí en la versión francesa todas las insolencias que suponía el texto inicial. Al proceder así lo vacié de sustancia.

P. Pero, ¿cómo es que la tentación de la fe se mantuvo intacta a pesar de todo, a pesar del desgraciado esfuerzo emprendido en *De lágrimas y de santos*.

R. La tentación siguió siendo constante, pero yo ya estaba demasiado profundamente contaminado por el escepticismo: desde el punto de vista teórico, pero también por temperamento. No hay nada que hacer: la tentación existe, pero nada más. Siempre hubo en mí una vocación religiosa, en realidad más *mística* que religiosa. Me es imposible tener fe, igual que me es imposible no pensar en la fe. Pero la negación siempre triunfa. Hay en mí una especie de placer negativo y perverso del rechazo. Me he movido toda la vida entre la necesidad de creer y la imposibilidad de creer. Esa es la razón de que me interesen tanto los seres religiosos, los santos, los que llegaron hasta el final de su tentación. Por mi parte, tuve que resignarme, porque decididamente no estoy hecho para creer. Mi temperamento es tal que en él la negación siempre ha sido más fuerte que la afirmación. Es mi lado demoníaco, si quiere. Y por eso tampoco conseguí nunca creer profundamente en nada. Me habría gustado, pero no pude. Sin embargo... Mire, le hablaba de la reacción indignada de Mircea Eliade tras la publicación de *De lágrimas y de santos*. Pues nunca dejé de pensar que yo era, religiosamente hablando, mucho más ponderado que él. Y desde el principio. Porque para él, la religión era un objeto, y no una lucha...digamos con Dios. En mi opinión, Eliade nunca fue un ser religioso. Si lo hubiera sido, no se habría ocupado de todos esos dioses. Quien posee una sensibilidad religiosa no se pasa la vida enumerando los dioses, haciendo inventario. No se imagina uno a un erudito arrodillándose. Siempre he visto en la historia de las religiones la negación misma de la religión. Es algo seguro, no creo equivocarme en ello.

P. ¿Sigue usted manteniendo este diálogo con las lágrimas y los santos?

R. Ahora, mucho menos.

P. ¿Qué balance haría? Su amigo de juventud Petre Tutea, con quien conversé recientemente, me confió que ahora le veía reconciliado con lo absoluto y con San Pablo.

R. No es seguro. A san Pablo le atacué y le denuncié todo lo que pude, y no creo que en la actualidad esté en condiciones de cambiar de opinión sobre él; salvo, en todo caso, para satisfacer a Tutea. De san Pablo detesto la dimensión política que imprimió al cristianismo; lo convirtió en un fenómeno histórico, quitándole así todo carácter místico. Toda mi vida le he atacado, y no voy a cambiar ahora. Sólo lamento no haber sido un poco más eficaz.

P. Pero, de todas formas, ¿cómo pudo germinar en usted, educado en una familia religiosa, un encarnizamiento así?

R. Creo que era una cuestión de orgullo.

P. ¿De orgullo? ¿Ligado a la relación con su padre?

R. No...Bueno, desde luego no me agradaba que mi padre fuera sacerdote. Era una cuestión de orgullo en el sentido de que creer en Dios significaba para mí humillarse. Aquí

hay un aspecto demoníaco, muy grave, ya lo sé...

P. Pero, ¿en qué momento tomó conciencia de ello, y empezó a poder hablar del tema como lo está haciendo ahora?

R. En el mismo momento en que empecé a interesarme por las cuestiones místicas, tal vez por influencia de Nae Ionescu, que daba un curso sobre misticismo. Fue entonces cuando me di cuenta de que era la mística, no la religión, lo que me interesaba; la mística, es decir, la religión en sus momentos de exceso, su lado extraño. La religión como tal no me interesaba, y me di cuenta de que nunca me podría convertir a ella. En mi caso, estaba garantizado el fracaso. En cambio, lamento enormemente haber apartado a mi hermano de ese camino. Habría valido más que hubiese ido a un monasterio en vez de estar siete años en la cárcel y pasar por lo que pasó. ¿Sabe a qué me refiero?

P. Más o menos. Relu [Aurel Cioran] me contó...

R. Ocurrió en Santa, en la montaña cerca de Paltinis. Uno de nuestros tíos tenía allí una casa. Toda la familia estaba reunida y Relu nos anunció que quería entrar en un convento. Mi madre estaba un poco inquieta. Habíamos cenado todos juntos y después Relu y yo salimos a dar un paseo. Hablé con él hasta las seis de la mañana para convencerle de que cambiara su decisión. Le expuse una increíble teoría antirreligiosa, sacando todo lo que podía, recurrí a argumentos cínicos, filosóficos, éticos...todo lo que pude encontrar contra la religión contra la fe, todo mi nietzscheanismo imbécil de la época, todo, ¿comprende? Verdaderamente todo lo que podía exponer en contra de esa inmensa ilusión, lo dije todo. Y acabé con estas palabras: "sí, después de haber escuchado mis argumentos, persistes en la idea de ser monje, no te volveré a dirigir jamás la palabra".

P. Pero, ¿por qué tal saña y, en el fondo, tal chantaje?

R. Era una cuestión de orgullo: yo que me ocupaba de la mística, yo que había comprendido, ¿no estaba en posición de hacerle ceder? "Si he fracasado en convencerle", le dije, "eso significa que no tenemos nada en común". Le manifesté todo lo que había en mí de impuro.

P. Fue verdaderamente diabólico. ¿Tenía usted el derecho de obligarle moralmente de esa manera?

R. No, por supuesto que no. Por ejemplo me habría podido contentar con decirle que no tenía sentido...pero el encarnizamiento con el que quise persuadirle fue verdaderamente diabólico. En aquella noche espléndida, tenía la impresión de que se libraba un combate entre Dios y yo mismo. Por supuesto, también expuse que querer llevar una vida monástica en Rumania era de entrada, un compromiso, que no podía ser una estafa. Pero mis principales argumentos eran serios y de orden filosófico. Lo que hice entonces me ha parecido más tarde de una extraordinaria crueldad. Por lo tanto, me he sentido en cierto modo responsable del destino de mi hermano, que fue trágico.

P. Ha hablado de crueldad. De hecho, la crueldad se encuentra en usted estrechamente asociada a la sinceridad. ¿Cuántos hombres pueden permitirse este grado de sinceridad, tan duro de soportar para los demás? ¿A dónde llegaríamos si todo el mundo cultivase esta enorme sinceridad que le caracteriza?

R. Creo que la sociedad se disgregaría. Es difícil de decir, sin duda las sociedades decadentes practican la sinceridad hasta el exceso.

P. ¿Qué es lo que le empuja a decir las cosas que la gente sabe a ciencia cierta, pero que se niegan, puede que por pudor, a expresar? Todos sabemos que el rey está desnudo, que vamos a morir, que el horror, la enfermedad, la miseria mortal existen. ¿Por qué transformar lo negativo, lo macabro, en resultado de su sinceridad?

R. No es macabro, es nuestra cotidianeidad misma. Todo depende, sin embargo, de la manera en que se experimenta, de dónde se pone el acento. El lado trágico de la vida es a la vez cómico y si se tienen en cuenta sobre todo este lado cómico...Mire los borrachos, que son totalmente sinceros: su comportamiento no hace más que ejemplificar esta cuestión. Reacciono ante la vida como un borracho sin alcohol. Lo que me ha salvado, para decirlo vulgarmente, ha sido mi sed de vivir, una sed que me ha mantenido y me ha permitido vencer a pesar de todo mi pesimismo...

P. El hastío.

R. Sí, el hastío, la experiencia que me es más familiar. Mi lado mórbido. Esta experiencia casi romántica del hastío me ha acompañado toda mi vida. He viajado mucho, lo he visto todo en Europa. Por todas partes por donde he ido me ha embargado un inmenso entusiasmo; y al día siguiente, el hastío. Cada vez que visitaba un lugar me decía que era allí donde habría querido vivir. Y después, el día siguiente...Ese mal que me posee y acaba por obsesionarme.